

EDUCAR EN LA IGNORANCIA AL JOVENCITO FRANKENSTEIN

A VUELTA
DE PÁGINA

FRANCISCO
ROSELL



Cuentan del escritor y diplomático francés Paul Claudel –así al menos lo relata Lawrence Durrell en *El cuarteto de Alejandría*– que, cuando ejercía como embajador en Tokio, se encontró, de regreso de una recepción, con la terrible adversidad de contemplar que su residencia oficial era pasto de las llamas. Como hombre de letras, lo primero que le agobió fue la suerte corrida por sus manuscritos y joyas bibliográficas. Cuando alcanzó el jardín de la legación, Claudel observó entre la humareda a un hombre con algo entre sus manos. Al poco, lo identificó. Era su mayordomo. Yendo presuroso al encuentro del jefe de la cancillería, el sirviente lo tranquilizó con el orgullo del que sale bien parado de un envite. «¡No se alarme, señor! –exclamó– He salvado el único objeto de valor». Con sorpresa, Claudel reparó en que la prenda preservada no tenía que ver con su principal motivo de inquietud. Al constatar que se trataba de su uniforme de gala, su cara debió ser un poema.

Consumada la fatal devastación de tomos y volúmenes de formidable aprecio, Claudel no pudo tirar ni siquiera de ironía. Como su compatriota Jean Cocteau cuando le efectuaron la socorrida pregunta de qué sacaría de su casa si, en caso de incendio, pudiera salvar una sola cosa. Autor de una producción tan variopinta y versátil que se desplegaba en acordeón de la poesía al cine o al teatro, transitando por la novela o el diseño, proporcionó una genial contestación surrealista: «El fuego».

Sin embargo, ante una contingencia pareja a la de Claudel, seguro que Pedro Sánchez mostraría su dicha si, ya fuera en La Moncloa, en la Mareta o en las Marismillas de Doñana, le participaran que se había librado de la quema su atuendo de etiqueta de César Visionario, dada su ambición y de

cómo gusta exhibir el poder desde que atrapó la Presidencia y se sustenta con menos escaños propios que ningún otro antecesor desde la restauración democrática en 1977. Es más, lo haría con la delectación de Nerón al resguardar a su lira de la abrasada Roma.

No obstante, Sánchez gusta fingir de la manera que teatralizó el miércoles al retratarse, aprovechando sus vacaciones canarias, delante de un friso de libros de José Saramago en la visita que giró a la Casa del Nobel en Lanzarote con motivo del centenario del nacimiento del novelista portugués. Lo hizo coincidiendo con las noticias que dan cuenta de cómo su Gobierno, derruida la educación hasta los cimientos, escruta cómo modelar *alumnos Frankenstein* acordes con la mayoría parlamentaria que, bajo esa misma denominación –Rubalcaba dixit–, sostiene a *Sanchezstein* en La Moncloa.

Se diría que, si antaño los líderes revolucionarios reclamaban retóricamente que la clase política debe ser un retrato exacto de su población o representar al pueblo con la «exactitud del mapa que reproduce un paisaje», ahora una devaluada clase gobernante, cooptada por el procedimiento de selección negativa o inversa por el que los más capaces son preteridos, al igual que la moneda falsa desplaza a la buena, concibe ciudadanos –mejor dicho, subordinados– a su imagen y semejanza para perpetuarse en el mando quienes no viven *para* la política sino *de* la política.

Si ya Bertolt Brecht, glosando a un coetáneo que le aseveró que la gente ya no confiaba en el Gobierno, ironizó si no habría que disolver al pueblo y escoger otro, ahora el Gobierno socialcomunista supedita la ciencia al adoctrinamiento al punto de insultar no únicamente a la inteligencia, sino incluso a la ignorancia misma. El desarrollo curricular de la ley de Educación agrava una norma que su progenitora, la ex ministra Celaá, ya escribió con hache. Con esa impartición, por ejemplo, de las Matemáticas con sentimiento y perspectiva de género en la Enseñanza Primaria, esto es, «con faldas y a lo loco», como en la hilarante comedia de ese título de Billy Wilder. Al advertir cómo se desprecia la ortografía o se suprimen los números romanos, la regla de tres o el mínimo común denominador, queda palmario que no buscan reformar la educación, sino abolir el conocimiento en pos de prefigurar ese gregario *hombre nuevo* que no piense por sí mismo.

Por ese camino de perdición y de pudrición, se acelera la pretensión

gubernamental de transmutar el aprendizaje en campo de experimentación en el que, en consonancia con la fábula de Orwell sobre la *Rebelión en la granja*, impere el mandamiento cardinal de que «todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros». Como acaece tras la revuelta que, procurando liberarse del dueño de la finca, acaba con todos los animales sojuzgados bajo la tiranía del cerdo Napoleón. Velando por la felicidad de los subyugados, les impide decidir por sí mismos para evitarles que yerren.

En esa degradación de la enseñanza, maestros y profesores serán como los bomberos de esa otra novela distópica de Ray Bradbury titulada *Fahrenheit 451* en alusión a la temperatura a la que el papel comienza a arder. Si en el estremecedor relato del narrador norteamericano, la misión de los bomberos no es sofocar fuegos, sino quemar los libros, la nueva tarea de los profesores no radicaría en contribuir a la ilustración, sino a erradicarla para que sus alumnos sean borregos dispuestos a ser estabulados en el aprisco o, si se prefiere, bebés grandullones en una prolongada guardería que

va del jardín de infancia a la Universidad envueltos en una burbuja que, ineludiblemente, estallará por su propia naturaleza y que les abocará a darse de bruces contra la dura y terca realidad.

Esa perversión del noble oficio de enseñar se envuelve en una jerga que pone de manifiesto que el analfabetismo funcional ya copa los altos puestos de la administración educativa. Tomen aire y respiren: «La adquisición de destrezas emocionales dentro del aprendizaje de las Matemáticas fomenta el bienestar del alumnado y el interés por la disciplina y la motivación



RAÚL ARIAS

Al advertir cómo se desprecia la ortografía o se suprimen los números romanos queda palmario que no buscan reformar la educación sino abolir el conocimiento en pos de ese gregario 'hombre nuevo'